



Enrique Valdivieso González en la *Escuela de Barroco* en noviembre de 2007.
Foto: Fundación Focus. Sevilla

In memoriam: Enrique Valdivieso González (1943-2025)

El día 2 de febrero de 2025 falleció en Sevilla nuestro compañero D. Enrique Valdivieso González, en ese momento catedrático emérito de la Universidad de Sevilla a la que pertenecía desde el curso académico 1976-1977. Las dramáticas circunstancias que rodearon su fallecimiento y el de su querida esposa M^a Carmen Martínez, profesora que fue también de Lengua Latina en la universidad vallisoletana, hacen que todavía nos sintamos incrédulos con su desaparición de nuestra vida, pero no de nuestra memoria y afecto que siempre serán imborrables.

Nacido en Valladolid el 9 de febrero de 1943, a la sombra de la catedral como le gustaba a él decir, cursó su carrera de Geografía e Historia en la facultad de Filosofía y Letras de su universidad y en la Complutense madrileña. Estuvo a punto de dedicarse profesionalmente al mundo del teatro, después de haber ganado premios de interpretación en diferentes festivales universitarios tanto dentro como fuera de España, e incluso a la enseñanza colegiada, si no le hubiera rescatado el profesor Martín González para la Historia del Arte, acogiéndole en 1969 en su Seminario de Historia del Arte por ver en él coraje, disciplina,

sensibilidad artística y ganas inmensas de trabajar, condiciones que se han sustituido por la justa, pero fría, valoración del expediente académico.

En aquel Seminario de Arte y Arqueología, fundado por Mergelina en 1932, situado en el Palacio de Santa Cruz, en el que habían trabajado Apráiz, Azcárate, Caamaño, y desde 1964 dirigía Martín González -la arqueología estaba desde 1956 en manos de Palol Salellas-, comenzó a trabajar el joven Valdivieso, teniendo por compañeros a Heras, Plaza y Ara Gil; como bibliotecaria actuaba la facultativa, inolvidable y servicial, María Arracó, el fotógrafo era Ramón Bosque, y el dibujante de Arte Jesús Sancho. Sin duda, el Seminario, con el Laboratorio de Arte de la Universidad de Sevilla, era el más completo y envidiado de los, después, denominados Departamentos de Historia del Arte, de España, ya que además disponía de revista propia: el entonces *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*.

El tema de tesina de licenciatura que le adjudicó su director fue: *La pintura en Valladolid en el siglo XVII*, y desde entonces la materia pictórica sería el argumento del resto de su vida profesional. Era un asunto no tratado desde los días de Martí y Monsó y Agapito y Revilla, y Martín González quiso reabrir esta línea de investigación. El tesinando cumplió con éxito el expediente y su trabajo, ligeramente aumentado, lo editó después la Diputación de Valladolid.

Concluida aquella, propuso como trabajo doctoral a su director el de “La pintura holandesa del siglo XVII en España”, asunto mucho más comprometido que el anterior pues se puede decir que estaba completamente en barbecho. Constituía, además de un reto, toda una osadía enfrentarse a un asunto supranacional. Respaldado por la docencia en la Facultad y gracias a una beca para ampliación de estudios, concedida por la Fundación March, prosiguió su tesis y pudo viajar a Holanda en 1971.

Para entonces, el Seminario había crecido, pero antes ya habíamos formado un tándem indisoluble y comenzamos a recorrer y buscar por pueblos y ciudades de toda la mitad norte de España, pinturas y esculturas producidas o relacionadas con Valladolid o con el mundo cortesano. Todo ello simultaneado con la docencia y la elaboración de las tesis. Las páginas del Boletín o de otras revistas daban cuenta de los hallazgos y estudios. Fue entonces cuando don Diego Angulo nos consiguió una ayuda de investigación del CSIC para escribir un libro sobre la Pintura Barroca Vallisoletana cuyo compromiso cumplimos en 2017: un largo paréntesis en el que encajamos nuestras respectivas biografías profesionales.

La de Enrique, que es la que ahora interesa, completó su tesis brillantemente en 1972, con un tribunal formado por Azcárate, Pita, Bonet, Balil y Martín González, editándose el libro al año siguiente. Su facilidad de palabra, su expresividad y brillantez, adquiridas en las tablas escénicas, le convirtieron en un atractivo profesor, por la pasión que vertía en sus clases académicas y la novedad

de los temas que abordaba, sirviéndole también para ser requerido con frecuencia como ameno conferenciante apto para todos los públicos.

Durante los años que siguieron, además de los dos libros mencionados, publicó un total de dieciocho artículos; elaboramos, con Martín González y los compañeros Carlos Brasas –su otro gran amigo vallisoletano- y Blanca García Vega, la primera parte del Inventario artístico de la provincia de Palencia, y él solo afrontó el estudio artístico del partido judicial de Peñafiel para el Catálogo Monumental de Valladolid que se publicó en 1975. Aquel mismo año se marchó como profesor Agregado a la Universidad de La Laguna, después de haber sacado el anterior la oposición nacional de Adjunto. Una carrera, pues, vertiginosa.

En Canarias solo estuvo aquel curso, porque al siguiente pasó como Agregado a la Universidad hispalense donde, como catedrático desde 1983, concluiría su actividad en la enseñanza. Aquel momento fue uno de los más duros para Enrique, tener que abandonar la tarima del aula, la prédica docente como él decía, y el contacto con sus alumnos que le hacían sentirse siempre joven. Estos, numerosísimos, y sus discípulos, que también lo son, pueden testificarlo.

Durante su larga y fructífera etapa sevillana, además de transmitir conocimientos de las distintas materias que impartió en sus clases, y dirigir numerosas tesis doctorales, aportó una auténtica montaña de publicaciones que no pretendo ahora enumerar, pero gracias a las cuales la percepción y comprensión de la pintura andaluza y española cambiaron radicalmente. Sus estudios monográficos dedicados a Murillo, Valdés Leal o Roelas son fundamentales, sus libros dedicados a la Pintura barroca sevillana y a la Pintura sevillana del siglo XIX son imprescindibles, y otro tanto podría decirse de sus catálogos de pinturas de la Catedral y del Palacio arzobispal, o su monografía sobre el Hospital de la Caridad y... el listado se haría casi interminable.

En los últimos años, que él nunca se imaginaba como tales, quiso demostrar su añoranza por su ciudad natal, sentimiento que le obsesionaba, y dedicó dos libros a sus recuerdos de infancia y adolescencia: la Plaza de Portugalete, escenario de sus juegos infantiles, y otro -que nadie se asuste- a su querido equipo de fútbol el “Real Valladolid”. El último remate lo firmamos juntos dedicándolo al patrimonio de los retablos vallisoletanos perdidos. El sentimiento melancólico siempre le acompañó, pese a su desenfado y alegría vitales, pero estoy convencido de que las vanidades y desengaños de la pintura española del Siglo de Oro se harán a un lado para contemplar el éxito ejemplar de una vida, como la suya, dedicada al Barroco.

Jesús Urrea Fernández, 11 de agosto de 2025